

## MÉXICO Y LA CULTURA\*

---

---

Al patrocinar la elaboración del presente libro, el Señor Presidente Ávila Camacho aprobó el deseo de que, por el prestigio de las personas llamadas a redactarlo, por la amplitud de la perspectiva en que trabajasen y por la absoluta libertad de criterio garantizada a sus conclusiones, fuera un resumen de cuanto opinan –como representantes del pensamiento de la República– acerca de lo que México, en términos esenciales, ha realizado en el campo de la cultura.

Para cumplir semejante propósito, se imponían desde luego el escrúpulo de la selección y el rigor de la brevedad.

Escrúpulo de selección, en primer lugar, puesto que no se trataba de establecer una enciclopedia donde cupiesen, por su orden y en sitio propio, todas las señales y las presencias, pasajeras o estables, de la cultura.

Y, en seguida, rigor en la brevedad, ya que el público al que tiene este libro que dirigirse no es aquél, limitado, de especialistas, cuya paciencia descubre tiempo bastante, a pesar del apremio de otras funciones, para agrandar, detallar y profundizar el horizonte profesional de sus experiencias.

Mucho más complejo e indefinido, el conjunto al que dedicamos esta lectura podrá contener lo mismo a los estudiantes de alguna escuela, universitaria o técnica, al exponente medio de la cultura, sin capacitación decisiva para afrontar determinadas cuestiones artísticas o científicas, al hombre de acción que se preocupe de veras por conocer el concurso que ofrece su Patria al mundo y hasta, a menudo, al educador, al filósofo y al político –de otra raza, de otro hemisferio, de otra nación– que, haciendo un alto en su desarrollo, se pregunte súbitamente: ¿Qué busca México? ¿Hacia donde va? ¿Y qué me ha dado, en historia, una fuerza, en belleza o en lucidez, el saber de los mexicanos?

Dos escollos se levantaban frente a este libro. Los que se yerguen siempre que intenta formular el balance de su cultura algún pueblo joven. Joven y antiguo, como es el nuestro. Tradicional y, a la vez, revolucionario. Con una innegable

---

\* *Introducción al libro México y la cultura, editado por la Secretaría de Educación Pública.- México, D.F., 1946.*

proporción de ignorantes y desvalidos y, al propio tiempo, con promociones de refinada inquietud y real acierto en la lucha por el bien y por la verdad.

Tales escollos son la jactancia –que se deleita en los éxitos aislados y que, al juzgarlos, suele olvidar el dolor de las mayorías– y la rutina cínica y egoísta de quienes miran ese dolor negativamente, sin compartirlo, y, abrumados por la idea de cuanto falta, se guarecen bajo el amparo de un pesimismo tan confortable como infructuoso.

Situar, en México, el dominio de la cultura fuera de la evolución social del pueblo que la sustenta habría significado condenar indebidamente esa evolución. Y condenar, con igual justicia, el alcance de esa cultura. Porque, después de todo, lo que distingue la cultura de una colonia de la cultura de un país libre es que, en el caso de la colonia, la eminencia de ciertas cimas individuales puede salvarse, más mal que bien, adherida a las estructuras de la metrópoli; mientras que el creador, en un país libre, es el depositario de una porción insustituible e irrenunciable de la dignidad histórica de su pueblo.

Como el árbol del que habla un poeta nuestro, que cuanto más atreve la audacia de su ramaje a la inmensidad magnífica de la luz más debe hundir su raíz en la noche pródiga de la tierra, la cultura tiene que compensar en profundidad lo que ansía y proclama en elevación. Si no lo hace, cae de improviso, rechazada por el suelo que no interpreta, que no la nutre y que, al sentirse no comprendido ni revelado espontáneamente, repudia su ornato superficial y la flora postiza que lo recubre.

Función y ornato. He ahí, en el fondo, los términos que traducen, sus extremos, nuestro entusiasmo y nuestra reserva ante muchos problemas de la cultura.

En las épocas vigorosas, de positiva salud social, la cultura se presenta siempre a los hombres como función: manifestación orgánica y generosa que lleva en su cumplimiento su propio adorno y que sólo precisa, para ser bella, resolver sus dificultades sinceramente, con originalidad, con franqueza, con plenitud.

En las épocas de desquiciamiento moral, la cultura pierde el sentido de su función. Y, en los edificios, como en los libros, como en las ciencias, se vuelve lujo, aparato decorativo, lepra que roe, con adjetivos declamatorios, la blanda prosa que el sustantivo y el verbo ya no sostiene; urticaria de encajes que irrita el cuerpo de los muros endebles y mal fincados; disfraz que esconde, tras de pórticos opulentos, patios en ruinas y, tras de andamios de metáforas ilusorias, el trabajo de un pensamiento que no consigue, por más que hace, disimular su vacío, su soledad...

De todo hemos tenido en la heredad de nuestra cultura. Eras sencillas, honestas y despejadas, limpias de oropel y de falso alarde. Y eras retóricas y prolijas en que el soneto y el cuadro al óleo –cuando no el teorema y el silogismo– parecieron querer cubrirse con ese polvo con que plateaban los peluqueros, antiguamente, las cabelleras más cortesanías del Viejo Mundo.

Así, por las páginas de ese libro, como en rápida galería, desfilan siglos de incertidumbre y edades de afirmación, horas de acometida y horas de decadencia.

Junto a la sensibilidad, la ironía y la gracia de las figuras totonacas, la patética majestad de las obras maestras de la escultura de los aztecas. Junto a las primeras manifestaciones de la arquitectura española en el virreinato, iglesias-fortalezas de líneas góticas y bóvedas con nervaduras ojivales, las portadas y arcos, de ornamentación plateresca, de las capillas renacentistas; la pausa varonil y severa del estilo herreriano y, en las floraciones póstumas del barroco, la personalidad del artífice autóctono que, en las volutas del churriguera, llega a esplendores inusitados aunque no desprovistos de frenesí. Junto a los retratos y a los murales de Santiago Rebull, los paisajes de José María Velasco, los grabados de Posada y los frescos de Rivera, de Orozco y de Alfaro Siqueiros.

Lejos de los tratados de Física y de Didáctica de Fray Alonso de la Veracruz y del humanismo que orientó a Sigüenza y Góngora en sus pesquisas, el entusiasmo reformador que alentó a Clavijero, el pensamiento positivista de Gabino Barreda, el fervor generoso, patriótico y encendido de Justo Sierra, la meditación heroica de Antonio Caso y la inquietud, la temperatura y la cromática vibración que se advierten en el iberoamericanismo de Vasconcelos.

Al lado de la obra de juristas como Rejón y Mariano Otero, las de hombres como Ignacio L. Vallarta y Emilio Rabasa, la capacidad de un Martínez de Castro, la visión de los autores de la ley del 6 de enero de 1915, de la de Relaciones Familiares y de las iniciativas que cristalizaron en los artículos 27 y 123 de nuestra Constitución Política vigente y, en materia de Derecho Internacional, por encima de la contribución de los tratadistas o de los diplomáticos, una larga y noble ejecutoria colectiva de probidad, de energía, de fe en la justicia y de respeto para los ideales de una convivencia libre, digna y civilizada.

Tras de los procedimientos que hicieron posible el método inventado por Bartolomé de Medina para el beneficio de los minerales de plata y oro, los trabajos de Elhuyar y los de Andrés Manuel del Río, así como las enseñanzas del ilustre Colegio de Minas y las investigaciones de Río de la Loza, de Lucio, de Alfonso Herrera.

Continuando la tradición benemérita de los fundadores de hospitales del siglo XVI, la iniciación médica del Colegio de Santiago Tlaltelolco, la creación de las prime-

ras cátedras de medicina en la Universidad de México, los estudios del insigne Francisco Hernández, protomédico de Indias, el inolvidable esfuerzo de Casimiro Liceaga y de sus colaboradores en el Establecimiento de Ciencias Médicas y, entre muchos otros, las cualidades de un Pedro Escobedo, de un Miguel Jiménez, de un Francisco Montes de Oca, de un Hidalgo y Carpio, de un Juan María Rodríguez, de un Rafael Lavista, de un Ramón Macías y de un José Terrés, para no citar a los más distinguidos cirujanos y clínicos contemporáneos.

A siglos de distancia del culteranismo elegante y razonador de Juana de Asbaje y del aire diáfano en que Ruiz de Alarcón estudia su geometría de caracteres, en los versos de algunos maestros del Modernismo (Amado Nervo, González Martínez y, antes que en ellos, en las *Odas* del propio Gutiérrez Nájera) el tono de ética admonición que relaciona todo un aspecto de nuestra lírica con la altura en que descollaron los mejores poetas de la meseta castellana. Sobre el placer parnasiano de los sentidos, que Díaz Mirón provoca por imágenes táctiles de las cosas –tersura del alabastro, tenuidad de la pluma, rotundidad de un bronce o de un fruto en punto de madurez– el escalofrío de espanto que se desliza, nerviosamente, bajo el clásico mármol del *Idilio* de Othón, el fatalismo de Luis G. Urbina, que vivió despidiéndose de las horas y diciéndole adiós a la vida, a partir de la adolescencia, y la Patria que asoma tras del ventanal provinciano que admiraba López Velarde, el descubrimiento íntimo de su esencia, el júbilo de sus páginas, el relámpago de sus logros, las computas de su alacena y el olor, “a pan bendito”, de su verdad... Y en tantos otros maestros de la poesía y la prosa de México, entre los más antiguos y los más jóvenes, ese anhelo de transparencia y esa fórmula de alusión, que nada tiene por cierto de espeso y de tropical, pues el profesor de dicción de casi todos nuestros autores es el sol agudo del altiplano: el que no se adhiere a las superficies, pero las pule, y no modula los panoramas como los canta la luz marítima de otros climas, pero se goza en articularlos con claridad. Con claridad que compendia métodos de abstracción.

Ahora bien, ¿qué demuestra esta variedad? ¿Y qué indican, en movimiento y exactitud, tantas oscilaciones que, por simétricas, parecen durante años contar el tiempo, como el péndulo de un reloj, y en otros, por arrítmicas y fugaces, dan la impresión de medir un temblor de tierra como un sismómetro?

Heterogeneidad de temperamentos y de recursos. Riqueza de curiosidad y de fantasía. Avidez de impulsos. Pero también –hay que confesarlo– receptividad excesiva al influjo del extranjero, facultad de improvisación más que de esfuerzo lento y mayor apetencia de brillo que de secreta, silenciosa y humilde tenacidad.

Sin embargo, estas mismas observaciones no tardan en resultarnos superficiales. Porque, si pasamos del plano de la cultura que está en el libro, en el cuadro, en la

estatua, en el microscopio del naturalista o en el pizarrón de ecuaciones del matemático, al plano de la cultura viva del pueblo, a la música de sus danzas y de sus cantos, a las flores ingenuas de su cerámica, a la paciente repetición de sus sueños y de sus juegos, lo que nos preocupaba por la extrema movilidad nos sorprende de pronto por la quietud, por la armonía cauta y conservadora de los elementos y las costumbres, por el apego a la tierra eterna, simbolizado en las alas hieráticas del zenzontle que decora los cántaros en que bebe y en el coro festivo con que saluda, al final de sus rebeliones y de sus ferias, el preludio inefable de un nuevo día.

¿Qué significa ese gran contraste –lección suprema, si no me engaño– de un volumen como *México y la Cultura*?

Por una parte, que las formas de la cultura las han buscado siempre las minorías. Pero, por otra parte, que solamente han podido afirmarse y prevalecer aquellas realizaciones en que acertaron las minorías a interpretar y captar el sentido del pueblo, dando a sus éxitos de expresión las posibilidades de permanencia que caracterizan al pueblo dichosamente.

Toda nuestra marcha hacia la cultura ha sido lucha contra defectos que no excusamos. Lucha contra nuestra pasividad, contra nuestra inercia y contra cierto lánguido conformismo que tiñe incluso el coraje de nuestras masas con una trágica devoción por la muerte y por el dolor. Mas, en la lucha, sólo han triunfado los hombres, las obras y las generaciones que aceptaron el problema en su integridad; sin negar y sin preferir a ninguno de los factores de nuestra vida; partiendo, ante cada asunto, del conocimiento leal de las realidades y no de la solución que les proponía el remedio extraño, la fórmula asiática o europea, buena tal vez para el habitante de Bangkok, para el labrador de Georgia o para el obrero de la cuenca del Ruhr, pero ineficaz ante las preguntas del agricultor de Yuriria, del platero de Taxco, del alfarero de Tlaquepaque, del tejedor de Saltillo o de la encajera de Aguascalientes.

Se comprende así que nuestra cultura, en sus líneas más importantes, haya seguido hasta ahora un camino muy parecido al descrito por nuestra historia. Una y otra van ascendiendo, con interrupciones y con caídas, hacia lo auténtico. Y entiéndase que lo auténtico no lo concebimos aquí restrictivamente, como lo tradicional o como lo folklórico, sino como aquello que seremos cuando seamos lo que sólo nosotros podemos ser, sin que pongamos vanidad en lo que logremos ni sintamos envidia de la fragancia –más penetrante tal vez o tal vez más suave– que otras ramas del árbol de la cultura den a aspirar a la humanidad.

Consecuente con tal criterio, este libro no es un ensayo sobre la cultura del mexicano, sino una síntesis de los materiales mayores de esa cultura. Y, en caso de haber atinado, según lo creo, quienes lo hicieron, podrán servir como antecedente para un ensayo de aquel linaje, por diversos motivos tan apremiante y trascendental.

¿En cuáles horas de nuestra vida fue cultivo de nuestro pueblo nuestra cultura? ¿Y en cuáles otras resultó apenas inicuata tala lo que debía, siguiendo el símil, ser fértil poda? ¿Cuándo se aproximaron el saber y la técnica a nuestro huerto, para cuidar la esperanza de una cosecha? ¿y cuándo, en cambio, se aproximaron para tallar, en el tronco sin hojas, el asta a lo largo de cuyos flancos manos audaces se levantaron para izar pabellones de extranjería? ¿En qué puntos se anticipó al ocaso de la colonia el amanecer de la independencia? ¿Y en qué otros, bajo la piel de la independencia, continuó circulando, por las arterias de la República, la angustia de la colonia?

Todas estas preguntas deben plantearse ante cada una de las secciones de este resumen. Y no porque estemos atravesando una crisis pueril de nacionalismo; sino, al contrario, porque buscamos un equilibrio en verdad mundial, en que la interdependencia de las ideas y de las fuerzas no constituya el dominio injusto de los intereses de alguno sobre los principios de todos. Porque anhelamos una armonía internacional que no sea el *solo* de un país, de un imperio o de una cultura, frente al silencio de un auditorio desposeído. Porque sabemos que esa armonía requiere voces individuales, características, diferentes. Y que la nuestra valdrá en el coro por lo que afirme como bien suyo: el tono de su verdad y el registro prístino de su ser. En suma, porque sentimos que en la paz de mañana, rápida o larga, cada pueblo tendrá que dar a todos los otros el máximo de sí mismo y sólo estará en aptitud de ofrecer su contribución conociéndola con certeza y depurando, cada día más, el concepto genuino de lo que es.

En un capítulo de los *Upanishads*, cierto joven inquiriere de su maestro: “Cuando en la muerte –le dice– la voz del hombre regresa al fuego, su aliento al aire, su vista al sol, su cuerpo al polvo y su sangre al agua, ¿dónde, entonces, se encuentra al hombre?”

El capítulo no nos explica lo que el maestro contestó al joven. Pero sí menciona que ambos se retiraron, durante horas, a hablar de la acción del hombre y concluyeron que lo bueno sólo llega a ser bueno por medio de la acción.

He citado esas viejas palabras porque, a mi juicio, se relacionan curiosamente con el propósito de esta obra. En efecto, lo que define a los pueblos –y a las personas– es la calidad de su acción, el conjunto de hechos que representa el valor permanente de su conducta.

En nuestro caso, ese conjunto tiene ya forma y, en numerosos terrenos, sentido propio.

Al resumirlo, no lo ofrecemos como un legado, sino como un augurio y un compromiso: el compromiso de ver incesantemente, en nuestro esfuerzo hacia la cultura, un esfuerzo de redención colectiva, perenne y arduo.

México ha vivido buscando en todo –y en todo instante– su libertad. ¿Cómo sorprendernos, por consiguiente, de que lo mejor de su aportación al progreso se halle orientado por ese ímpetu que, en cualquier adelanto humano, reconoce una promesa moral de emancipación?

Los hallazgos de nuestros artistas, las disertaciones de nuestros filósofos, la indagación de nuestros sabios y la inquietud de nuestros legisladores –cuanto se cifra en la síntesis de estas páginas– será medido, a la postre, por lo que haya servido o por lo que sirva para salvar el destino del hombre en México, para darle conciencia de sus deberes, para afianzarle en el uso de sus derechos y para enseñarle a colaborar con todos los hombres en la paz de una inteligencia regida por la justicia y de una confianza fundamentada sobre el goce de la belleza, el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud.

Esperamos que el contenido de este volumen no sea indigno de esa medida, la más austera. Y que su lectura estimule a los mexicanos a continuar entendiendo a México, amando, descubriendo y haciendo a México, en la concordancia de dos responsabilidades indeclinables: la revelación de lo nuestro y la solidaridad con lo universal.